

CRAIG HODGES

& RORY FANNING



TIRO DE LARGA DISTANCIA

TRIUNFOS Y LUCHAS DE UN ACTIVISTA NEGRO EN LA NBA

Capitán Swing®

«No quieres ser Craig Hodges»

Dave Zirin [1]

Washington, junio de 2016

Cuando empecé a cubrir la NBA como periodista, allá por 2003, preguntaba a los jugadores por qué no eran más los que utilizaban su relevancia cultural para defender causas sociales. Las respuestas eran diversas, pero siempre me decían: «No quieres ser Craig Hodges». La respuesta era muy desconcertante. Muchos de estos jugadores estaban en la primaria cuando el excelso tirador anotaba un triple detrás de otro para los campeones de la NBA en 1991 y 1992, los Chicago Bulls. Sin embargo, su nombre seguía vivo en los furtivos susurros que los agentes y los empresarios deportivos dejaban caer a sus jóvenes clientes. «No quieres ser Craig Hodges». No llegué a entender del todo aquello hasta que no leí este libro (y lo oí de labios del propio Hodges): qué hacía que su legado en la NBA fuera no tanto el del campeón de los concursos de triples o el del reinado de los Chicago Bulls de Michael Jordan como un relato aleccionador del destierro.

Tiro de larga distancia desnuda la fábula del deporte y la política. Hay un mito manipulado sobre el activismo político en el deporte, un discurso que sirve únicamente a los intereses de los cerebros del complejo deportivo-industrial. El mito dice algo así: los años sesenta y setenta supusieron un considerable auge del «activismo deportivo», cuando personas como Muhammad Ali, la tenista Billie Jean King y John Carlos y Tommie Smith con su protesta olímpica despertaron una conciencia social de las injusticias tanto dentro como fuera del entorno deportivo. Esto conllevó un

cambio real que, sumado a las considerables subidas salariales, hizo que pocos deportistas quieran hoy levantar la voz. Ya no son rebeldes. Pertenecen a la realeza.

Esta historia tiene, sin duda, algo de verdad. Los últimos años de la década de 1960 y toda la siguiente fueron sin discusión una edad de oro para los deportistas implicados en la defensa de la justicia social. Y el despegue de los salarios, que tuvo lugar gracias a las luchas sindicales para instaurar la figura del agente libre, a las huelgas y a la expansión del deporte estadounidense a través de la televisión por cable como fenómeno global, ha sido, por supuesto, una incontestable realidad. Pero lo que esta historia borra es que siempre ha habido (también en las décadas de 1980 y 1990) deportistas que han utilizado su plataforma hiperelevada «patrocinada por Nike» para ejercer el derecho a la crítica. En muchos aspectos, estos deportistas son los más valientes entre los valientes porque eligieron levantar la voz en un momento sin movilizaciones de masas en las calles y con una ofensiva de la derecha contra el activismo de los años sesenta dirigida desde el propio Gobierno federal. Por este motivo, estos deportistas pagaron el precio más alto por defender sus ideas: la expulsión.

Fueron excluidos de los deportes a los que se dedicaban y borrados de los libros de historia con una despreocupada crueldad que sería la envidia de Stalin. Sin embargo, sus experiencias son fundamentales no solo por ser una historia de la resistencia digna de conmemoración. También exponen la verdadera naturaleza de las personas que manejan los engranajes del deporte. Estos plutócratas de la pelota son una camarilla de reaccionarios que ganan miles de millones de dólares con el trabajo de los pobres y los sueños de personas que tal vez ni siquiera tengan dónde cursar Educación Física en las escuelas de sus barrios empobrecidos —los presupuestos municipales van destinados a construir estadios—, por no mencionar la poca frecuente capacidad atlética y los recursos para llegar a ser profesionales.

De todos los deportistas desterrados, ninguno es para mí más importante que Craig Hodges. Su experiencia ha de ser contada y vuelta a contar. No solo porque es una destacable historia silenciada de lo que era ser un deportista politizado en una época en la que Nike había tumbado a Muhammad Ali como nuevo rey del mundo y campeón indiscutible. Importa porque hoy —por fin— tenemos una nueva generación de deportistas que intentan descubrir cómo utilizar su estrellato para decir algo que no sea: «Compra este refresco o esta basura adornada con un logotipo». Estos cambios se están produciendo gracias a los movimientos en la calle, pero están repercutiendo en las canchas con un efecto dinamizador. Y está sucediendo especialmente en la NBA. Superestrellas como LeBron James, Derrick Rose y Dwyane Wade (entre muchos otros) han decidido respaldar el movimiento Black Lives Matter [2] para proclamar con una claridad palmaria que si merecen las ovaciones sobre el parqué, su condición de seres humanos y la de sus familias ha de ser reconocida fuera de las canchas.

Los jugadores de la NBA también tuvieron un papel fundamental para derrocar finalmente al propietario de Los Angeles Clippers, el «multimillonario rentista de infravivienda» y abiertamente racista Donald Sterling (quien, como propietario recién estrenado, tuvo un jugador novato en sus San Diego Clippers llamado Craig Hodges). Superestrellas como Stephen Curry (que, de niño, también se asoma a estas páginas) se han posicionado con las víctimas de los delitos de odio contra la comunidad musulmana y algunos jugadores se han manifestado en defensa de los derechos LGTB para que el mundo sepa que los vestuarios son un lugar seguro. Ha sido una transformación vertiginosa para una liga que durante décadas se definió por la ausencia de la política, donde todo jugador quería ser como el hombre anuncio total, alguien que, quién lo dudaría, también aparece en este libro: Michael Jordan. Pero esos días son pasa-

do. Como Howard Bryant, columnista de ESPN y uno de los más sagaces observadores de la profesión, me dijo en una ocasión: «En el pasado nos habría impactado que un jugador del calibre de LeBron se manifestara contra la brutalidad policial. Ahora nos sorprende cuando no es así».

Cuando este libro se prepara para ir a imprenta, la cota la ha elevado el *quarterback* de los San Francisco 49ers Colin Kaepernick con su protesta durante la interpretación del himno nacional. Denuncia la violencia policial y el racismo, defiende el derecho de los deportistas a tener voz. Pertenecer sin reservas a la tradición de Craig Hodges. [3]

Ahora que los jugadores empiezan a encontrar su voz, es esencial que entiendan que no están «inventando la rueda» y que no tienen que retrotraerse cincuenta años para descubrir deportistas que sentían la misma pasión por la justicia social que ellos defienden. Por eso conocer la experiencia de Craig Hodges es tan fundamental para todo jugador de la NBA, todo periodista y hasta el último de los fanáticos de la NBA. Debería también leer este libro cualquiera que haya tenido que alzar la voz en circunstancias difíciles y arriesgarlo todo para conseguir que sus palabras tuvieran eco. Es hora de retirar a Craig Hodges su condición de exiliado y situarlo donde siempre ha pertenecido: en el reducido listado de los deportistas activistas que mantuvieron alta la cabeza, pagaron por ello y viven ahora sus vidas tal vez con cicatrices, pero sin remordimientos. Lean este libro para que una nueva generación de jugadores y amantes de la NBA conozcan su historia real. Lean este libro para poder decir, no en susurros, sino con una confianza cristalina: «Por supuesto que quieres ser Craig Hodges».

[1] Dave Zirin es el editor de la sección de deportes del semanario de izquierdas *The Nation*. Ha publicado una decena de libros. (*N. del E.*) [2] El movimiento Black Lives Matter (las vidas de los negros importan) surge en 2013 a raíz de la absolución del agente de policía que disparó y mató al adolescente Trayvon Martin en febrero de 2012. Desde entonces se ha establecido como uno de los movimientos en defensa de los derechos de la población afroamericana más relevantes de las últimas décadas y ha vuelto a la portada de los noti-

ciarios a raíz de la muerte de George Floyd en un nuevo caso de brutalidad policial. (N. del T.). [3] El *quarterback* Colin Kaepernick protestó en la temporada 2016 de la liga nacional de fútbol americano estadounidense (NFL) contra la opresión de la comunidad negra en Estados Unidos arrodillándose durante la interpretación del himno nacional previa a cada partido. Su defensa de los derechos de los afroamericanos despertó mucha controversia y ocupó los noticieros deportivos y políticos. Terminada aquella temporada, ningún equipo ha vuelto a contratarlo. (N. del T.).

Prefacio

Rory Fanning,
Chicago, mayo de 2016

Era una mañana húmeda la de aquel jueves, 28 de agosto de 2014, en Chicago. Por entonces yo llevaba trabajando casi cuatro años en Haymarket Books, una editorial radical de Chicago. Mi libro, *Worth Fighting For: An Army Ranger's Journey Out of the Military and Across America*, iba camino de la imprenta para su publicación, prevista en noviembre. El texto aborda mi decisión de abandonar la carrera militar después de dos despliegues en Afganistán con el 2.º Batallón Ranger del Ejército de Estados Unidos y la posterior de recorrer el país a pie para la Fundación Pat Tillman [4] con la esperanza de recuperarme de aquellas vivencias. Sentado ante mi escritorio, encendí el ordenador y busqué reacciones a los ejemplares enviados a la prensa. Ninguna aquel día. Empecé a avanzar por los cuarenta o cincuenta correos electrónicos de la cuenta de información general de Haymarket. Abrí uno con el asunto: «Mi libro», bastante habitual en la cuenta de una editorial. «Que tengan paz [...]. Me llamo Craig Hodges», decía la primera línea del correo. Tuve que releerla.

A mis catorce años, con apenas un metro sesenta de altura y cuarenta y cinco kilos, podía encestar triples tan bien como cualquier otro estudiante de octavo curso de Chicago y sus alrededores. O eso pensaba yo al menos. A lo largo de mi vida en tres áreas residenciales distintas, seguí todos los movimientos de los Bulls durante sus seis campeonatos de los noventa. Craig Hodges, más que Michael Jordan o Scottie Pippen, era mi héroe entonces. Gritaba:

«¡Tres de Hodges!», cada vez que Craig lanzaba en un partido de los Bulls, que veía religiosamente. Gritaba las mismas palabras cuando era yo el que tiraba un triple en las pistas escolares. Quería ser Craig Hodges.

Después de leer el correo electrónico de Craig, escribí a Dave Zirin, el editor de la sección de deportes del *Nation* y autor de numerosos libros sobre deporte y política.

Dave:

Craig Hodges, mi ídolo de la infancia, propone un libro a Haymarket. Qué guay. ¿Lo conoces personalmente? ¿Alguna idea sobre qué tendríamos que hacer?

Gracias,

Rory

«Por supuesto que tendríamos que hacerlo. No hay ni que dudar», respondió Dave en minutos.

Escribí a Craig y le dije que para Haymarket sería un honor ver su libro.

«Solo tengo notas en este momento y posiblemente me vendría bien algo de ayuda para redactarlo. He visto que Haymarket publicó *The John Carlos Story*, de John Carlos y Dave Zirin, y creo que tengo una historia parecida que contar. ¿Crees que Dave podría ayudarme a relatar mi historia a mí también?», preguntaba Craig.

Llamé a Dave para transmitirle la petición.

—Estoy hasta arriba de trabajo, mira que me gustaría, pero los días no me dan más de sí ahora mismo —respondió Dave con pesar.

—¿Crees que me dejará a mí escribirlo con él? —pregunté.

Dave había leído poco antes *Worth Fighting For* y le había gustado.

—Tendrías que proponérselo, claro que sí... No te lo diría si no acabara de leer tu libro.

Llamé a Craig y le pregunté si podríamos reunirnos para charlar sobre sus experiencias aquel sábado.

—Voy a participar en un partido benéfico de baloncesto en el colegio religioso Saint Sabina este fin de semana. Si

tienes tiempo podemos hablar del libro después.

—¡Suena genial! Allí nos vemos.

Craig y yo nos encontramos en el aparcamiento del colegio, situado en el South Side —la sección sur, pobre y negra de Chicago—, donde decenas de niños estaban jugando en las canastas exteriores. Inmediatamente rodearon a Craig. Hizo algunos tiros, posó para unas fotos y los animó a tomarse los estudios en serio. Después de lanzar un rato a canasta, entramos juntos en el colegio y nos recibió con un abrazo uno de los iconos de los derechos civiles en Chicago, el padre Mike Pflieger.

—¡Craig! ¡Qué bueno verte! Tengo un puñado de cosas que hacer antes del partido. ¿Te importaría pasar a la sala de conferencias que está al lado del pabellón y esperar allí? Los demás jugadores no deberían tardar.

Craig y yo nos sentamos y charlamos sobre sus intenciones con el libro. Diez minutos más tarde entró Jabari Parker, el fenómeno del baloncesto de Chicago formado en el Instituto Simeon, segunda elección en la primera ronda del draft de 2014. A Parker lo siguió Joakim Noah, elegido en primera ronda por los Bulls en el draft de 2007 y seleccionado para el All-Star en dos ocasiones. Después apareció el que posiblemente sea el mejor baloncestista que ha dado a luz Chicago: Isiah Thomas, el jugador de los Detroit Pistons y miembro del Salón de la Fama. Los tres estaban, sin duda, habituados a ser el centro de atención, pero las caras de Parker, Noah y Thomas adquirieron una expresión de respeto y veneración cuando vieron a Craig.

—Señor Hodges, es un honor verlo de nuevo —dijo Joakim.

Isiah se fue directo hacia Craig, lo miró a los ojos un buen rato y le dio un fuerte abrazo.

—Vamos a ver a qué se dedican estos chicos —le dijo Isiah a Craig casi de inmediato.

Craig e Isiah procedieron entonces a preguntar a Jabari y a Joakim qué estaban haciendo para fortalecer la concien-

cia política entre los jugadores de la NBA.

—No dejéis que esos cheques tan suculentos compren vuestro silencio —les advirtió Craig—. Entiendo que es más fácil decirlo que hacerlo, pero los dos necesitáis empezar a hablar entre vosotros y con los otros jugadores de la liga. El tiempo se acaba en nuestras comunidades. Contamos con vosotros y con vuestro liderazgo en este momento.

Isiah repitió los mismos argumentos con su propio estilo.

Jabari, que tenía diecinueve años entonces, hizo un gesto de asentimiento y se mostró de acuerdo, sin dejar de reconocer las dificultades.

—Intentan que nos centremos en el baloncesto, lo que hace que conversaciones como esas sean difíciles —reconoció.

Joakim mostró más confianza. Mencionó la Fundación Noah's Arc, una organización centrada en las artes y el deporte que fundó para promover la paz en barrios asolados por la pobreza y la violencia. Estaba claro que se enorgullecía de la iniciativa.

—Siempre y cuando te dirijas a las raíces de la pobreza y el racismo y no sea solo caridad... —le respondió Craig.

Joakim asintió.

El padre Pflieger entró y preguntó a los jugadores si les importaría bajar a charlar con la prensa. Craig y yo acompañamos a Jabari, Joakim e Isiah a la rueda de prensa. La carga política, encendida apenas un momento antes, pareció apagarse delante de las cámaras: los jugadores hicieron comentarios cautelosos sobre la reducción de la violencia pandillera a través de programas como el de Noah's Arc y los partidos benéficos del padre Pflieger. Era evidente que quedaba mucho camino por recorrer. Craig no esperaba la rueda de prensa y, pretextando otra cita, dijo que era hora de marcharnos. Dejé Saint Sabina con una intensa sensación de que la historia de Craig tenía que ser contada.

En los meses posteriores Craig y yo pasamos horas revisando todos los detalles de su vida. Entendimos que había-

mos vivido experiencias paralelas en algunos aspectos. Craig comparó su decisión de alzar la voz como deportista profesional con la mía de dejar los Rangers como objetor de conciencia, y yo comprendí sus orígenes. El libro ha fluído de forma natural desde el principio. Confío en que inspire no solo a los deportistas profesionales a denunciar las injusticias del mundo, sino a cualquiera que tenga dudas sobre la necesidad de incorporarse a la lucha.

[4] La Pat Tillman Foundation fue creada a raíz de la controvertida muerte por fuego amigo de Pat Tillman, exjugador profesional de fútbol americano que dejó su carrera para incorporarse al Ejército tras los atentados del 11 de septiembre de 2001. Su historia la relata Jon Krakauer en *Donde los hombres alcanzan toda gloria* (Capitán Swing, 2015). (N. del T.).

Prólogo

La carta

La carta me miraba de reojo en los días previos a la visita a la Casa Blanca. Abierta sobre mi escritorio, en casa, parecía estar diciendo: «Asegúrate de hacerlo bien porque solo tendrás una oportunidad». Eran ocho páginas a doble espacio. Había sufrido decenas de reescrituras en mi esfuerzo por expresar las lecciones que me habían enseñado mi familia, mis profesores y mi comunidad. La primera línea decía:

El objetivo de esta nota es hablar en nombre de los pobres, los nativos americanos, las personas sin hogar y, muy especialmente, los afroamericanos, que no pueden entrar en este gran edificio y encontrarse con el líder de la nación en la que viven.

El 1 de octubre de 1991, cuatro meses después de que mi equipo de baloncesto, los Chicago Bulls, ganara su primer campeonato de la NBA, visitamos el número 1600 de la avenida de Pensilvania para recibir la felicitación oficial del presidente George H. W. Bush. Los Bulls serían el primer equipo de la NBA en lanzar a canasta en una pista exterior instalada en el recinto de la Casa Blanca.

Decidido a aprovechar al máximo esta oportunidad para enfrentar al poder con la verdad, pretendía informar al presidente de Estados Unidos de que no solo era deportista profesional, sino también descendiente de esclavos, hijo del movimiento de liberación negro y un hombre decidido a luchar para hacer del mundo un lugar mejor para el pueblo afroamericano. Utilizaría esta visita para contribuir a fomentar el debate sobre las crecientes tasas de encarcelamiento, las reparaciones por la esclavitud, las causas de la

violencia en las calles y la difícil situación de la población negra en Estados Unidos, todo ello ante el máximo responsable del país y en nombre de la comunidad que me crio.

Había sido un año espantoso aquel 1991: el fin de la Unión Soviética; la primera guerra de Estados Unidos en Irak; y, en marzo, las imágenes de Rodney King recibiendo una paliza a manos de cuatro agentes de policía de Los Ángeles repetidas sin descanso en las pantallas de televisión de todo el país. Y además, en mi entorno, en mi ciudad natal, Chicago, el lugar donde crecí y donde jugaba al baloncesto, novecientas veintidós personas fueron asesinadas solo en 1991. [5] El 32 por ciento de los afroamericanos de Illinois vivía bajo el umbral de la pobreza y Estados Unidos albergaba en sus cárceles más presos negros que Sudáfrica durante el *apartheid*. [6] Las condiciones de mi pueblo se deterioraban a gran velocidad. Sabía que difícilmente tendría ocasión de hablar con el presidente en el jardín de las rosas de la Casa Blanca. Y aunque pudiera, no se darían las circunstancias para decir todo lo que pretendía.

Pero tenía mi carta. En el autobús, de camino a la residencia presidencial, le conté a Tim Hallam, el director de relaciones públicas de los Bulls, que había escrito algo para entregárselo al presidente. Me miró como si se me hubiera ido la puñetera cabeza. Luego me dijo que lo mejor sería que fuera él quien entregara la carta al secretario de prensa de Bush. Yo había previsto dársela en mano al presidente, pero quería asegurarme de que la leyera, por lo que seguí el protocolo y se la pasé a Tim.

También se lo conté a algunos de mis compañeros de los Bulls en el autobús. Por entonces ya estaban acostumbrados a los pocos pelos de mi lengua en cuestiones políticas y, como era habitual, la respuesta fue algo como: «Tío, estás loco, Hodge». En la NBA (a pesar de que el 75 por ciento de los jugadores eran negros) uno no podía defender abiertamente que ayudar a la comunidad negra era parte de su misión personal. La actuación en términos raciales o

la acción política tenían que suceder en secreto. Sutiles y no tan sutiles presiones desde los gestores y los medios de comunicación impedían que muchos de nosotros pudiéramos tener algún impacto en la estructura corporativa de la liga. Muchos jugadores sabían que teníamos que hacer más por las comunidades de las que proveníamos la mayoría, pero el miedo a perder nuestra posición siempre superaba a la urgente necesidad de combatir el racismo y la pobreza estructural. No en mi caso.

Y por eso, en nuestra visita a la Casa Blanca, todos mis compañeros, por una cuestión de respeto, llevaban traje. Mi indumentaria también tenía su motivación en el respeto. Vestía mi preciado *dashiki*.

Mis compañeros estaban muy familiarizados con este *dashiki*, una prenda ancestral africana blanca y amplia. Lo llevaba a los partidos antes de enfundarme el uniforme y me dedicaba a insistir como un moscardón en los oídos de Horace Grant y Scottie Pippen, las jóvenes estrellas de los Bulls, para que también lo utilizaran. Se reían (sin crueldad) y me decían: «Eso es para ti, tío». Pero mientras estuve en la NBA, defendí mi decisión de ser representante de mi herencia africana. Me educaron para entender que mi historia no estaba escrita, por lo que si los libros no iban a defenderla, yo lo haría. Consideraba que si iba a ir a la Casa Blanca, tenía que comunicar mi historia como negro incluso sin hablar. No cabía duda de que iba a presentarme en el 1600 de la avenida de Pensilvania vestido con un *dashiki*.

Cuando llegamos a la Casa Blanca, una de las primeras personas en saludarnos fue un fanático de los deportes, hiperactivo y con más cafés en el cuerpo de la cuenta, que pronto supimos que era el hijo del presidente: George W. Bush. Se movía a nuestro alrededor como un niño, pero cuando me vio con mi *dashiki* se quedó helado y tuvo que mirarme dos veces (reconocí de nuevo esta mirada años más tarde, cuando, ya presidente, tuvo que esquivar un zapato que le lanzó un periodista iraquí).

—¿De dónde eres? —me preguntó George W. Bush pronunciando las palabras muy despacio y a gritos, como si no hablara su lengua.

—De Chicago Heights, en Illinois —le respondí.

Parecía pasmado.

—Vaya, ¡qué ropa tan impresionante! —exclamó Bush hijo.

Le sonreí, le di las gracias en inglés y me dirigí con el resto del equipo al jardín sur de la Casa Blanca, donde nos esperaban Bush padre y su mujer, Barbara.

Había una ausencia notable en el equipo aquel día. Durante la final contra los Lakers, cuando estaba más que claro que no se nos escaparía el campeonato, Michael Jordan —considerado por todos desprovisto de una sola gota de sangre política en el cuerpo— dijo en el vestuario: «No voy a ir a la Casa Blanca. Que le den por culo a Bush. Yo no lo voté». Fiel a sus palabras, no nos acompañó aquel día. El *Chicago Tribune* y el *New York Times* publicaron artículos ligeramente críticos sobre la decisión de Jordan de desairar al presidente, pero la mayor parte de los medios ignoraron la cuestión.

¿Por qué? Jordan recaudaba quince millones de dólares al año en publicidad, era un invitado popular en el programa de televisión *Saturday Night Live* y tenía autopistas en Carolina del Norte bautizadas con su nombre. Jordan había transformado el baloncesto hasta el punto de que había quien estaba dispuesto a pagar miles de dólares por una entrada a pie de pista para ver a un puñado de negros correr de un lado para otro por una pista pintada y meter una pelota por un aro. Lo mejor era no llamar mucho la atención sobre cuestiones como que la gallina de los huevos de oro de la liga boicoteara una visita a la Casa Blanca. Las «reglas de Jordan» no eran solo la fórmula secreta de los Detroit Pistons para parar a M. J. Eran también las normas de la propia competición que no se aplicaban a Jordan.